

HASTA QUE EL SOL VUELVA A ASOMARSE

Un cuento para ti.



María Fernanda Ortiz Bonilla





HOSPITAL SAN PABLO
COQUIMBO



Hasta que el sol vuelva a asomarse.

Escrito por: María Fernanda Ortiz Bonilla.

Año de creación: 2025

Revisado por: Vanessa Briceño Cortés, Daniela Silva Reyes y Unidad de Comunicaciones y RRPP del Hospital San Pablo de Coquimbo.

Proyecto auspiciado por Terapeandog y Entre Pelos y Emociones, con el apoyo de la Unidad de *Humanización* y la Subdirección de Gestión del Cuidado del Hospital San Pablo de Coquimbo.

© 2025 María Fernanda Ortiz Bonilla

Todos los derechos reservados.

Este material ha sido creado con fines educativos y terapéuticos, destinado a la difusión gratuita y al acompañamiento emocional.

Queda prohibida su reproducción, adaptación o comercialización total o parcial sin la autorización expresa de la autora.



★
★
Hay días en que el alma se vuelve gris y cuesta recordar cómo brillaba la luz.

Aun así, dentro de nosotros hay algo que sigue latiendo, una chispa pequeña que no se apaga, que espera silenciosa volver a encenderse.

Este cuento habla de ese momento, del instante en que, sin darnos cuenta, comenzamos a despertar la luz que siempre estuvo ahí.





Había una vez una niña que no tenía nombre. O quizás lo había olvidado.

Vivía en un bosque sin colores, donde el cielo era siempre gris y el aire pesaba. Todo dolía: caminar, pensar y sentir eran cargas demasiado grandes.

Una tarde, al pie de un árbol seco, la niña se dejó caer.

—Estoy cansada. No quiero seguir —
susurró.







Entonces, algo crujió entre las hojas.

Se escucho un suave sonido de patitas, como si la tristeza pudiera caminar, y apareció una perrita de pelaje suave y andar tranquilo, con una mirada profunda y comprensiva, capaz de entender el dolor sin necesidad de preguntar.

Se acercó sin apuro y se sentó a su lado.





—Hola —dijo con una voz muy suave—. Me llamo Bruna.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó la niña, sin mirarla.

Bruna ladeó la cabeza.

—Escuché tu corazón pedir ayuda. No gritando ni llorando, solo en un susurro. Y yo entiendo esos susurros.





—No necesito una mascota— agregó la niña fríamente.

—No soy una mascota —respondió Bruna. —Soy simplemente una compañía. No vengo a dar respuestas, no vengo a hacer preguntas. Solo quiero quedarme contigo, si me dejas.

La niña bajó la mirada. Nadie le había dicho algo así antes.

—¿Y si no quiero hablar?

—Entonces solo me quedo calladita a tu lado. A veces, el silencio también sana.

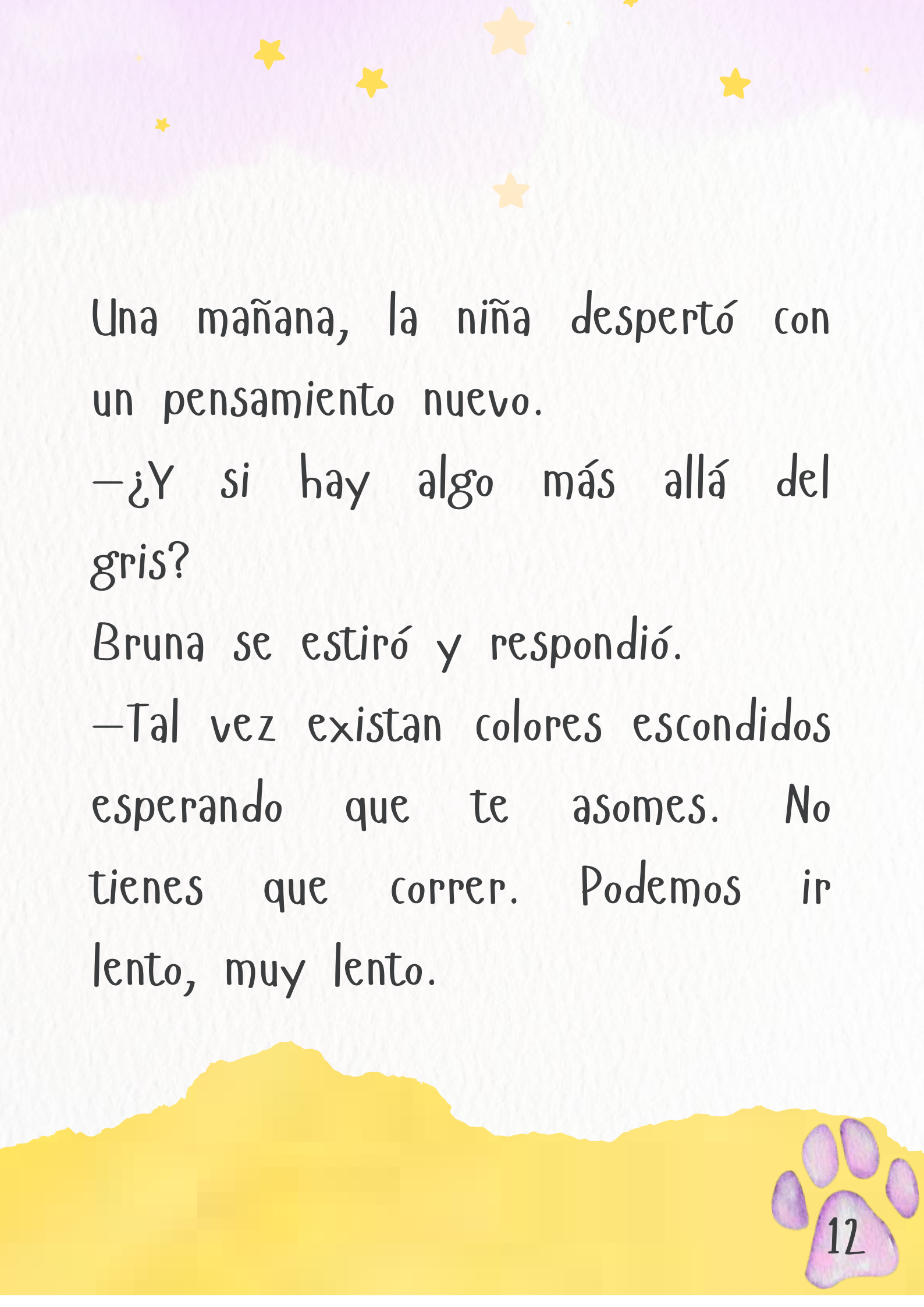




Y así fue. Bruna no hizo preguntas. Simplemente se quedó. Escuchaba cuando era necesario, ofrecía consuelo en algunos momentos o apoyaba su cabeza en las piernas de la niña para recordarle que no estaba sola. Nunca la apuró. Nunca la juzgó.







Una mañana, la niña despertó con un pensamiento nuevo.

—¿Y si hay algo más allá del gris?

Bruna se estiró y respondió.

—Tal vez existan colores escondidos esperando que te asomes. No tienes que correr. Podemos ir lento, muy lento.



Caminaron juntas. La niña seguía cargando con algunos días grises por dentro, pero ahora también descubría cosas que antes no veía: flores pequeñas, una rama con forma de estrella, una piedra tibia bajo el sol.

—¿Siempre estuvieron aquí?— preguntó.

—Siempre — respondió Bruna—. A veces, las cosas hermosas se muestran solo cuando dejamos de pelear con la tristeza y empezamos a mirarla con compasión.







Una tarde, la niña vio su reflejo
en un charco.

—Me acordé de mi nombre —dijo
en voz baja—. Me llamo Luz.

Bruna movió la cola.

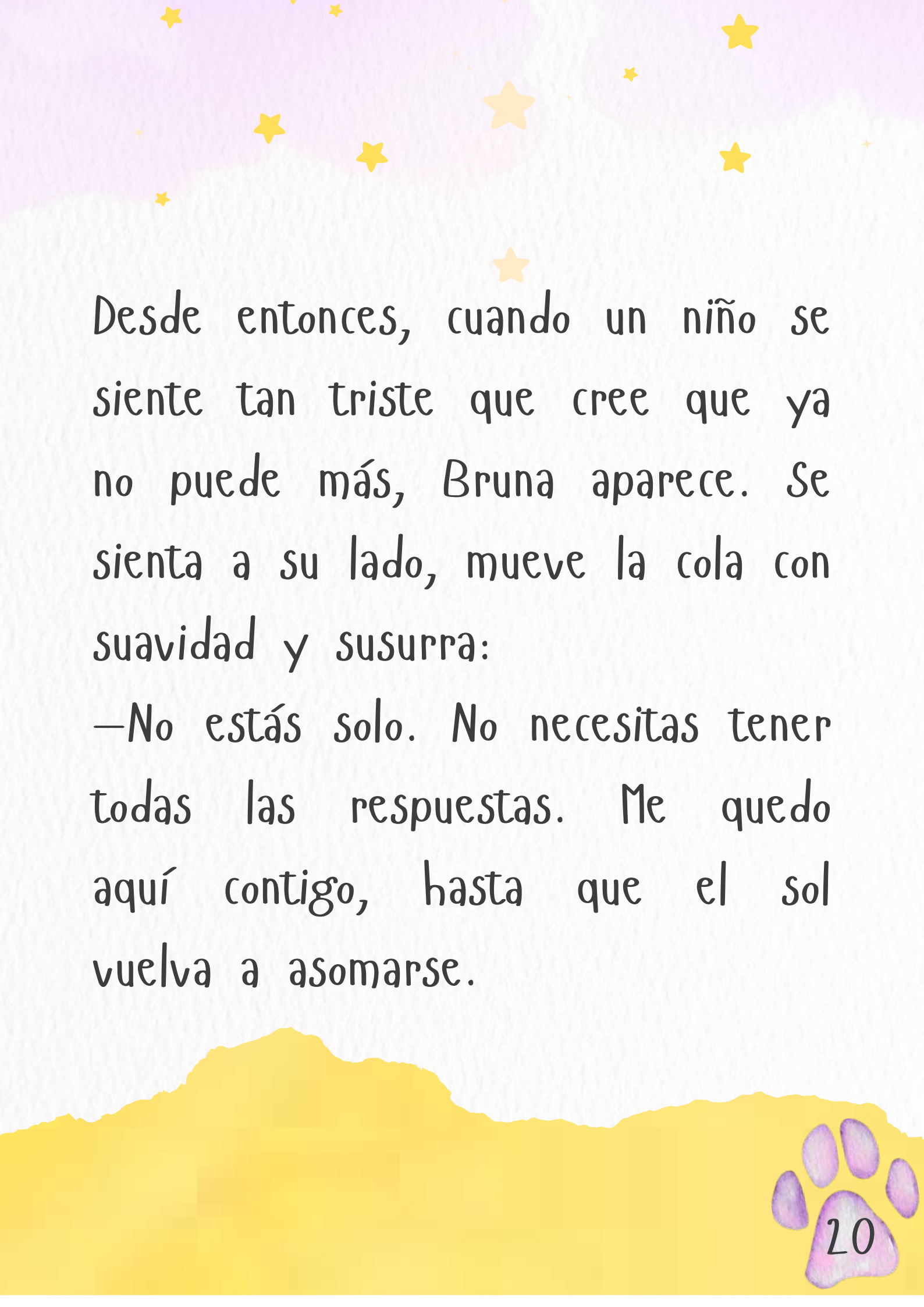




—Sabía que lo encontrarías. Tu nombre nunca se perdió. Solo estaba dormido.

La niña levanto la vista y, entre las nubes, una luz tibia comenzó a asomarse.





Desde entonces, cuando un niño se siente tan triste que cree que ya no puede más, Bruna aparece. Se sienta a su lado, mueve la cola con suavidad y susurra:

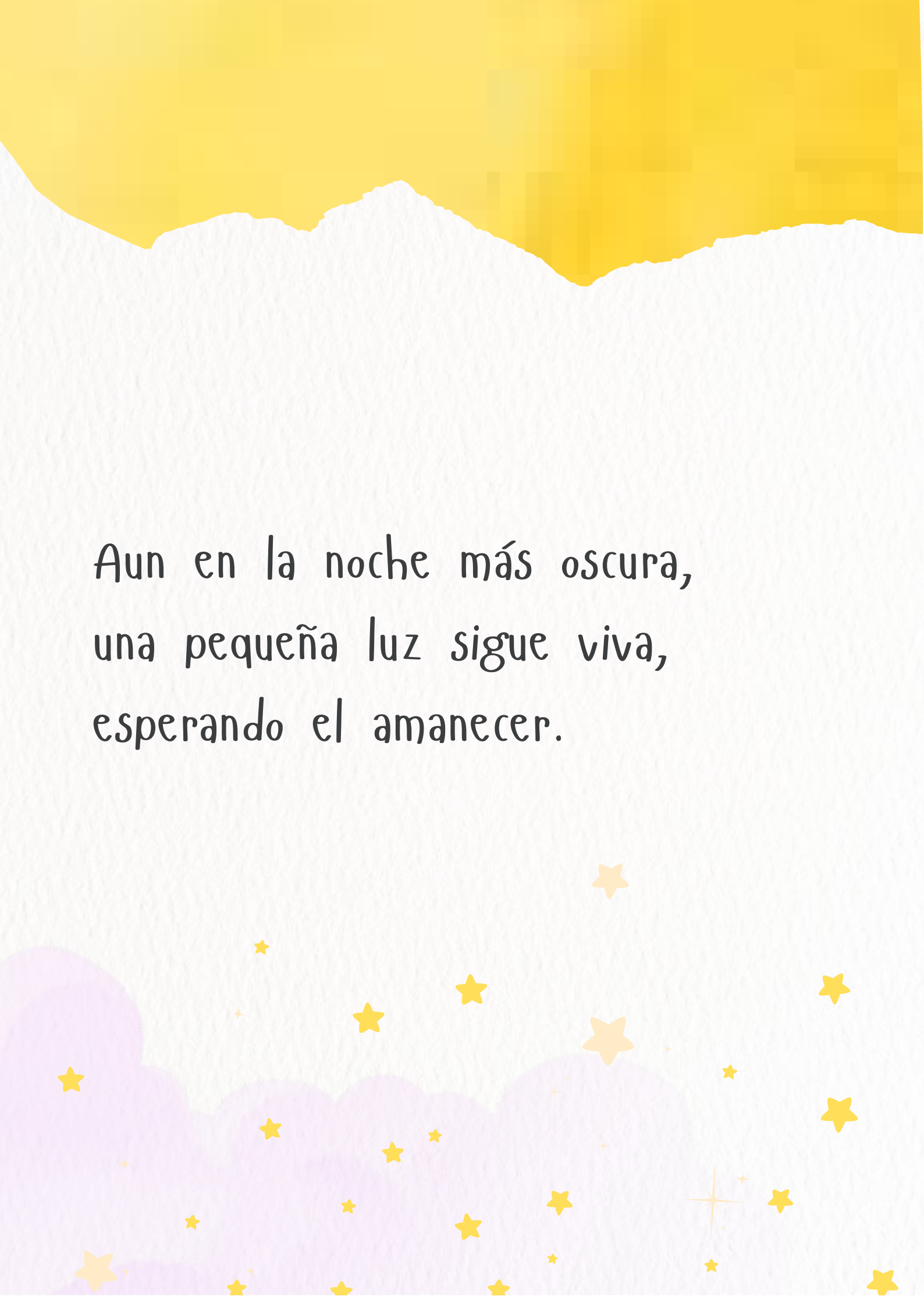
—No estás solo. No necesitas tener todas las respuestas. Me quedo aquí contigo, hasta que el sol vuelva a asomarse.



FIN (o mejor dicho... COMIENZO)







Aun en la noche más oscura,
una pequeña luz sigue viva,
esperando el amanecer.





Serie de relatos: “*Huellas que acompañan*”

Estos cuentos terapéuticos fueron creados para acompañar distintos procesos emocionales en contextos de salud y vida: momentos de amor, despedida, memoria, espera, cuidado y transformación.

Cada historia puede leerse de manera independiente, como una luz que invita a comprender, recordar o simplemente sentir.

Su propósito es recordarnos que todo lo vivido con amor permanece, se transforma y sigue iluminando; porque, entre las estrellas y los recuerdos, el amor siempre encuentra una forma de brillar.

Colección: “*Entre Estrellas y Recuerdos*”

Esta colección incluye los siguientes relatos:

- Nemo y la luciérnaga.
- Cuando el árbol deja de sentir el viento.
- La estrella de Milo.
- Milodón y el lugar donde viven los recuerdos.

Otros relatos pertenecientes a la serie “*Huellas que acompañan*”.

- Bruna y la luz que habita.
 - Hasta que el sol vuelva a asomarse.
 - Nemo y la primera visita.
 - El día que Milodón colgó su bandana.
- 



Hay momentos en que el mundo parece perder su color, cuando el alma se cansa y el silencio pesa más que las palabras.

Sin embargo, la esperanza no se extingue; solo puede quedarse dormida un tiempo, esperando que alguien la despierte con ternura.

Este cuento es una invitación a mirar la tristeza con compasión, a recordar que no estamos solos, y a confiar en que, tarde o temprano, la luz siempre vuelve a asomarse en nuestra historia.

